

Japoneses en México y Segunda Guerra Mundial

Beatriz Lucía Cano Sánchez*

Sergio Hernández Galindo,
La guerra contra los japoneses en México durante la Segunda Guerra Mundial, México, Itaca, 2011,
158 pp.

En diferentes periodos de su historia, desde el siglo XIX hasta nuestros días, la situación geográfica de México lo ha colocado en el ojo del huracán, esto es, en medio de conflictos propios o ajenos. Prueba de ello son las distintas obras que ponen de manifiesto diversos acontecimientos donde nuestra nación se ha visto inmiscuida, casi siempre por presiones de nuestro vecino del norte. Por ejemplo, en 1982 la editorial Era publicó *La guerra secreta en México*, del historiador austriaco Friedrich Katz, quien expone la intromisión de las potencias mundiales durante la Revolución mexicana, dicha injerencia se manifestó en presiones diplomáticas y económicas, desestabilización, intentos de enfrentar a unas facciones con otras e intervención militar directa e indirecta. Al estallido de la Primera Guerra Mundial, México se convertiría, al igual que otros países, en pieza importante del ajedrez

mundial, por lo que no debe sorprender la intensa actividad, tanto de espionaje como de negociaciones, que alemanes y estadounidenses, entre otros, tuvieron en suelo mexicano. Una situación similar es retratada por Sergio Hernández Galindo en *La guerra contra los japoneses en México durante la Segunda Guerra Mundial*, sólo que ahora los antagonistas no eran los alemanes sino los japoneses. De acuerdo con el autor, la guerra entre Estados Unidos y Japón no comienza, el 7 de diciembre de 1941, en Pearl Harbor, la disputa había iniciado unos años atrás. Con el inicio del segundo conflicto mundial, México sería no sólo un importante abastecedor de materias primas para el país asiático, sino también un sitio privilegiado para obtener información, motivo por el cual Estados Unidos determinó imponer una política de vigilancia sobre México y los japoneses residentes en nuestra nación. Las instigaciones y presiones de Estados Unidos sobre el gobierno mexicano generarían que se realizara el hacinamiento de los nipones en las ciudades de México y Guadalajara, situación cuestionable, sin embargo, no se comparaba con la efectuada por las autoridades estadounidenses y canadienses, quienes los confinarían en campos de concentración. En su cruzada contra los asiáticos, Estados Unidos utilizó el racismo y el descrédito como armas ideológicas tendientes a estigmatizarlos ante la población.

Sergio Hernández nos presenta el conflicto entre Estados Unidos y Japón, antes y durante la Segunda

Guerra Mundial. En las primeras páginas ofrece los pormenores del contexto en el que se originó una migración masiva de nipones al continente americano, y las causas del antagonismo entre ambas naciones. El ascenso del régimen Meiji (1868-1912), en las últimas décadas del siglo XIX, produjo una importante transformación en Japón. Se experimentó un notable crecimiento económico causado por una innovadora política de industrialización, la cual provocó que se desdiera al sector campesino, y esto trajo consigo que un importante número de personas que se dedicaban a las actividades agrícolas migraran a las ciudades del país o al extranjero. Lo anterior ocasionó el éxodo de japoneses a diversas regiones del mundo. En el caso americano, los datos muestran que la inmigración comenzó en 1868, y para 1939, año en que inició de la Segunda Guerra Mundial, se calculaba que vivían en América Latina más de 700 000 nipones, de los que 14 000 se instalaron en México. Los primeros se asentaron en la zona de Soconusco, Chiapas, donde fundaron una finca cafetalera. Para Estados Unidos la comunidad japonesa adquiriría cierta importancia estratégica, debido al aumento de su población y a la creciente influencia sobre la economía y sociedad californiana, lugar que se estimaba como el corazón del desarrollo económico de la Unión Americana. Esta injerencia de los japoneses en San Francisco fue considerada por los pobladores locales como un desafío, una amenaza, motivo por el

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

que se gestó una campaña racista, al mismo tiempo que las autoridades estadounidenses establecieron los primeros mecanismos de vigilancia, además de solicitar a las embajadas la información de todos los migrantes que llegaban a América. La importancia que Japón adquiría en el Pacífico llevó a Estados Unidos a considerarlo un adversario, por lo cual la emigración se comenzó a catalogar como un problema mayúsculo.

Otro motivo por el que se veía con recelo a los migrantes era porque establecían fuertes lazos solidarios entre sí, así como con su patria, situación que provocaba la desconfianza de los gobiernos locales. De hecho, se llegó a pensar que los nipones eran un grupo homogéneo y fanático que seguía las órdenes del emperador y del gobierno japonés. En diversos medios impresos se difundió la idea de que los asiáticos planeaban invadir la costa del pacífico estadounidense, y de esa manera Estados Unidos perdería el control de la región. Este rumor sería reforzado por los alemanes, quienes manifestaban que los japoneses utilizaban a México como base de operaciones para la invasión. Esta actitud paranoica de Estados Unidos, durante las primeras décadas del siglo xx, hizo que en 1907 se firmara un “Acuerdo de Caballeros”, entre la Unión Americana y Japón, que buscaba limitar los desplazamientos a la primera nación. Sin embargo, los nipones ingresaron a Estados Unidos de manera ilegal por México. Durante la Revolución mexicana se propagó el rumor de

que los japoneses habían incentivado los conflictos con la intención de invadir suelo estadounidense. En 1924 las autoridades de ese país promulgaron una nueva Acta de Inmigración, la cual impedía la entrada de emigrantes nipones a la Unión Americana. El país del norte, al mismo tiempo, elaboró una estrategia de seguridad más allá de sus fronteras que abarcó a América Latina en su conjunto, pues se percataba de que el crecimiento de la población nipona era notable. Tan sólo en 1930 había 134 000 japoneses en Brasil, 21 000 en Perú, 6 000 en México y 5 000 en Argentina.

Nuestro autor subraya que el conflicto entre Estados Unidos y Japón durante la Segunda Guerra Mundial no sólo involucró a sus ejércitos, sino también a poblaciones civiles que radicaban más allá de sus propias fronteras. En el caso japonés, se buscó implicar a las comunidades niponas que vivían en América Latina, en específico Estados Unidos y México, solicitándoles enviaran dinero y materia prima para la guerra, convirtiéndose en los puentes naturales para desarrollar los contactos comerciales que Japón necesitaba. Por esos días la relación entre México y Japón se haría más estrecha a raíz de que el primero nacionalizó la industria petrolera, lo cual provocó que Estados Unidos decidiera bloquear el comercio exterior del petrolero mexicano. Ante tal situación, Japón, Alemania e Italia serían los principales compradores de crudo. México se transformaría en el escenario de una “guerra de espías”, ya

que tanto la Unión Americana como Japón desplegaron agentes, pues consideraban que nuestro país era un punto clave en la red continental de inteligencia. La propaganda xenofóbica practicada por Estados Unidos generaría una imagen nociva de los migrantes, ser considerados como un peligro, circunstancia que no sólo buscaba justificar sus medidas discriminatorias y represivas contra los japoneses, sino también incentivar el temor en los demás países. Sin embargo, Hernández Galindo indica que la actitud de los migrantes frente a su país de origen y la guerra es un fenómeno complejo, en el que se manifestaron una diversidad de opiniones y sentimientos que dividieron a la comunidad japonesa. Esto se debe a las relaciones que establecieron en las sociedades americanas a que llegaron. Los japoneses y sus descendientes fueron declarados enemigos y, en algunos casos, reclusos en campos de concentración o en las grandes ciudades, pero al finalizar la guerra —y sin posibilidades de regresar a su país de origen— volvieron a reconstruir sus espacios económicos y sociales.

Kiso Tsuru y Masao Imuro son un par de voces que representan una colectividad que padeció los estragos del conflicto entre ambas potencias. A través de la mirada de estos dos *issei*, Sergio Hernández reconstruye la historia. El caso de Kiso Tsuru, empresario exitoso, poseedor de un poder económico importante, quien fue considerado por las autoridades estadounidenses

como el organizador de una extensa red de espías japoneses coordinada con sus pares alemanes y españoles. Fundador de la Compañía Internacional de Comercio que producía el ungüento Vitacilina; también se dedicaba a la producción de materias primas para la guerra, como petróleo, espato de flúor y mercurio; participó en la construcción de carreteras y en la industria pesquera, factores por los que la inteligencia estadounidense y británica siguieron sus pasos. Por las relaciones que mantenía con ciertos sectores políticos y empresariales, tanto de México como de Japón, la prensa estadounidense lo acusó de ser la “punta de lanza” de la penetración imperialista japonesa en México. Un empresario con gran visión en los negocios, y que utilizaba las relaciones políticas para llevar a cabo diversas transacciones, práctica que era común en la clase política mexicana. La concesión de la construcción de la carretera Veracruz-Jalapa a una empresa japonesa, en la que Tsuru tenía intereses, alarmó a las autoridades estadounidenses porque se creía que el proyecto permitiría disponer de información importante del territorio nacional. Además tuvo participación en la conformación de compañías petroleras en 1934 (Compañía Petrolera La Laguna) y 1935 (Compañía Mexicana Petrolera La Veracruzana), que no tuvieron un papel importante en la producción de petróleo pero lograron en 1938 un acuerdo con el gobierno de Cárdenas para la compra del hidrocarburo cuando Japón más lo necesitaba.

La guerra contra los japoneses en México durante la segunda guerra mundial

Sergio Hernández Galindo



Los acuerdos comerciales que logró a favor de su país de origen ocasionarían que la prensa estadounidense y el FBI le construyeran una imagen de espía. Kiso Tsuru se salvó de ir a la cárcel gracias a las relaciones que mantenía con los hombres del poder.

Tal vez la voz de Masao Imuro se pierde en el anonimato. Él corrió una suerte distinta a la de Tsuru. Imuro llegó a México en 1941, sólo unos meses antes del ataque a Pearl Harbor; en medio de un ambiente poco favorecedor, el joven nipón ve perturbada su estancia. La notificación del rompimiento de las relaciones entre México y Japón; la concentración de japoneses en las ciudades de México y Guadalajara, así como por el anuncio del secretario de Gobernación, Miguel Alemán, de que se iba a realizar una estricta vigilancia de la población extranjera. Carente de un patrimonio y de relaciones con cierto poder político, Kiso Imuro fue detenido el 25 de mayo de 1942 con el argumento de que era un “extranjero peligroso”, pues en algunas cartas que había escrito a sus familiares y amigos se encontraron amenazas en contra

del presidente de Estados Unidos, al mismo tiempo que se expresaban “conceptos denigrantes” hacia el mexicano. La lectura de la correspondencia era realizada por los órganos de inteligencia de Estados Unidos y México desde 1941. Las misivas de Imuro justificaban la psicosis de guerra, y sin duda fueron utilizadas para advertir del peligro que representaban las comunidades de japoneses en todo el continente. Así pues, su reclusión era consecuencia de la política de “seguridad nacional” promovida por el gobierno mexicano y en la que se ordenaba la concentración de los sospechosos, sin importar su nacionalidad o edad. Para Sergio Hernández es evidente la injusticia que se cometió en contra de Imuro, pues no formaba parte de ningún complot o de alguna organización ultranacionalista. Sus ideas sólo reflejaban la efervescencia nacionalista y el ambiente de guerra que se vivía en cada rincón de Japón, el cual se fortaleció gracias al “incidente de Manchuria”, la crisis económica mundial y la decadencia de la clase política nipona. Imuro pertenecía a una generación que apoyó la guerra

de ocupación japonesa contra otros países y que se opondría a la intervención de las potencias occidentales en Asia. El joven nipón estaba convencido, al igual que la mayor parte de sus contemporáneos, de que la fuerza era el único medio por el que se podía hacer respetar la independencia y soberanía japonesa. La “guerra santa” era la única manera de acabar con el orden injusto impuesto por las potencias occidentales. Kiso Imuro no fue expulsado del país a causa de las circunstancias de la guerra, pues se pensaba que podía ser intercambiado por otros prisioneros. Primero sería recluido en las Islas Marías, después trasladado, junto con alemanes e italianos, a Perote, lugar del que pasaría a Lecumberri para finalizar su aprisionamiento en el reclusorio para menores en Tlalpan, sitio del que sería liberado en 1949.

El libro de Sergio Hernández Galindo resulta preponderante por la manera en que muestra los mecanismos empleados por el gobierno estadounidense para incidir en la vigilancia de la comunidad japonesa, tanto en México como en el resto de América Latina. Es innegable que tanto en la Primera como en la Segunda Guerra Mundial se desarrolló una “guerra secreta” entre las potencias mundiales, misma que tuvo a México como escenario central. Hay que agradecer el esfuerzo realizado por el autor, pues muestra, basado en fuentes documentales y orales, la manera en la que se llevó a cabo la represión de la comunidad japonesa en un periodo álgido de la historia mexicana y mundial.

Cada uno para sí y Dios contra todos

Héctor Siever

Ricardo Contreras Soto, *Percepción del migrante mexicano sobre la alteridad en las organizaciones en Estados Unidos*, Celaya, Universidad de Guanajuato, 2011.

Realizado originalmente como tesis de doctorado en administración (División de Ciencias Sociales y Administrativas-Universidad de Guanajuato), en el presente estudio se busca “tener una aproximación sobre la percepción de las alteridades que tiene el trabajador migrante mexicano basado en sus experiencias, dadas en las organizaciones y en el mundo laboral de Estados Unidos”. El autor divide su investigación en tres apartados principales:

- a) una parte teórica (pp. 16-28) en la que postula una serie de términos y conceptos que harán las veces de andamiaje estructural para la metodología de su pesquisa. Es aquí donde presenta los conceptos que guiarán el posterior desarrollo de su trabajo a través de un método cualitativo de investigación social y para ello define conceptos como migración, migración laboral, percepción, *habitus*, campo, capital, así como los de identidad y alteridad;
- b) un apartado correspondiente al método (pp. 30-347), en el que se explicita la manera en que conducirá

su trabajo de campo: el investigador parte de preguntas directas a los participantes en el estudio; las respuestas obtenidas serán utilizadas para crear una base de datos, y por medio de ella el investigador somete la información obtenida a un tratamiento estadístico que le permita establecer categorías específicas para poder comprender y clasificar las diferentes maneras en que los trabajadores migrantes mexicanos en Estados Unidos perciben a los trabajadores procedentes de otros países;

- c) un apartado en el que se presentan las conclusiones del estudio (pp. 348-368), y en el cual también se discuten elementos concretos del trabajo de campo, entre ellos los relacionados con el ámbito de las aportaciones al tema de estudio; la validez de las categorías construidas; el alcance de algún lineamiento conceptual, o el riesgo de llevar determinadas categorías más allá de las determinaciones generadas por la identidad del agente.

Antes de emprender la exposición de su trabajo, ya en la Introducción reconoce la dificultad implícita en la de por sí compleja tarea de realizar “demarcaciones teóricas y epistemológicas en las organizaciones [...] bajo la óptica dominante de la productividad y la rentabilidad” del discurso taylorista. Es decir, de entrada resultaba evidente la necesidad de entender cómo funcionaban “las lógicas de la percepción de la alteridad”, más para ello debía primero establecer los criterios para comprender la identidad de quienes participarían en su estudio.